

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 18 UN NOVIO CON BUENOS PUÑOS 15 cts.



—¡Ni una palabra, ni un gesto de defensa!

UN NOVIO CON BUENOS PUÑOS

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Cinmas», Vía Layetana, 53. - Barcelona)

I

MASANA por la tarde tendrá lugar la boda de la hermosa Esther White con el propietario Halevy; pero nosotros haremos todo lo posible para frustrar ese enlace al cual el amor es por completo ajeno.

—¡Eso ni qué decir tiene! ¿Cómo va a querer la bella Esther a un hombre que le dobla la edad!—observó uno de los cinco hombres que sentados entre unas rocas enormes de la orilla del impetuoso y caudaloso Mississippi, sostenían la conversación que relatamos.

—Pero Halevy tiene dinero y el oro todo lo puede en este mundo, compadre Negro.

Este, que era un sujeto muy corpulento y cuya abotagada fisonomía lucía un pequeño bigote negro, permaneció pensativo unos momentos.

Por fin su rostro de color cobrizo lo contrajo una mueca de odio y a continuación declaró con voz ronca:

—¡Yo os juro por quien soy que he de hacer por mi parte todo lo posible para impedir ese monstruoso enlace!

—Para ello cuento con vuestra ayuda, ¿no es cierto?

—Naturalmente, Negro. Eres nuestro jefe y te obedeceremos sin chistar!—dijo el hombre que había hablado anteriormente, mientras sus compañeros movían la cabeza con gesto afirmativo.

—Gracias, Ojo de Halcón. Gracias, amigos míos. Sé que puedo contar con vosotros incondicionalmente, y, por vuestra parte, no creo que hasta ahora ninguno de vosotros se arrepienta de tener un jefe como yo.

A estas palabras siguieron otras de vehemente adhesión, salidas de los labios de sus secuaces, los cuales, como ya habrán adivinado nuestros lectores, formaban una pandilla de malsinos, mitad ladrones de calzada y saqueadores de ranchos, mitad piratas del famoso Mississippi que bañaba aquella comarca del Oeste.

El Negro era el jefe de aquella mesnada de bribones, y las palabras que había pronunciado poco antes estaban de perfecto acuerdo con los hechos, pues hasta aquella hora cuantos golpes había maquinado su fértil imaginación de bribón habían salido a pedir de boca, como vulgarmente se dice.

Hacíase pasar el astuto capitán de forajidos por un acaudalado comprador de ganado, y merced a

esta impostura lograba adquirir informes y saber noticias que luego utilizaba para realizar una de sus delictuosas hazañas.

Muchas veces, mejor dicho, siempre, el dinero que desembolsaba para comprar un caballo de torneros o una partida de potros, volvía al cabo de unas horas o de unos días a su cartera, porque tenía una habilidad de demonio para tender al incauto comprador la emboscada en que sus cómplices lo desvalijaban.

Nada tiene, pues, de extraño que la media docena de inmundos aventureros que había elegido para que lo secundasen en tan opimas empresas, sintieran hacia él tanta admiración como obediencia.

Ni uno de ellos creía posible que algún día podían tener un percance de funestas consecuencias para sus respectivos pellejos.

El provecho era grande, el riesgo insignificante. La justicia no les había inquietado lo más mínimo durante el corto período de tiempo que llevaban trabajando en aquella extensísima y férax región.

En cuanto a los antecedentes del jefe de aquella infame gaviota, los podemos referir en unas cuantas palabras.

Afiliado a la banda de contrabandistas—un verdadero ejército audaz y terrible—que capitaneaba Al Capone en Chicago, intentó hacer al más famoso de los *gangsters* una traición que al ser descubierta por poco le cuesta la vida.

Como recuerdo de aquella felonía el Negro conservaba en su voluminosa humanidad el rastro de varios balazos que le disparó el propio Capone, y de los cuales curó por un verdadero milagro.

Pero el multimillonario bandido

había jurado que apenas saliese del hospital su desleal auxiliar, lo mataría como a un perro rabioso. Enterado el Negro de tan tremenda sentencia y convencido, además, de que el formidable juez que le pronunciara la cumpliría inexorablemente apenas pudo tenerse en pie, todavía convaleciente, abandonó Chicago, posiendo entre esa ciudad, y por lo tanto, entre Al Capone y su persona, la mayor distancia posible.

Se trataba, por lo tanto, de un *as* del delito, de un *époua* del hampa, de un malhechor de alt. coquete, para el cual las fechorías que cometía en el rudo y extenso país del Oeste, eran un mero entretenimiento, una inocente travesura, una sencilla diversión, comparadas con las que podía maquinarse su ingenio, su audacia y su maldad.

A sus últimas palabras no contestó ninguno de los forajidos a quienes iban dirigidas, porque todos ellos esperaban oír una explicación más amplia y detallada de la aventura en que tomarían parte.

No hubiere... de impacientarse gran cosa para ver saciada su curiosidad, pues su jefe añadió:

—Tengo noticias de que el viejo y bobo Haley, que a la sazón se halla en San Francisco gestionando el cobro de una cantidad muy importante, vendrá mañana por la tarde al ranch, de que son dueños los padres de la hermosa Esther, y seguidamente, por la noche, tendrá lugar la ceremonia nupcial.

«Pero ese casamiento debe ser impedido a todo trance... ¡La bella y hechicera Esther me gusta a mí demasiado, y ningún hombre la poseerá mientras yo viva!»

«¡Mia o de nadie!»—exclamó el



Una vez en el agua, se dispuso a cruzar la corriente.

bandidos con voz bronca y los ojos chispeantes de pasión.

Luego, sonriendo con mofa, declaró:

—Me causaría yo mismo un desprecio indecible si me dejase arrebatar el tesoro de hermosura y juventud que yo codicio por un vejatorio tan achacoso y grotesco como Halevy.

—¿Pero cómo ha consentido esa muchacha tan guapísima en casarse con ese cupanlajo que podría ser su abuelo?—preguntó uno de los malefines.

—Por obedecer a su padre, por salvarle de la ruina, de la vergüenza y tal vez de la cárcel.—replió el Negro.

«El padre de Esther está enramado hasta los ojos, y algunas de

sus deudas son tan graves que, de no pagarlas en un plazo que expira precisamente a las doce de la noche de mañana, revistirían el carácter de una verdadera estafa, porque en los pasapés firmados aparecen como garantía del dinero regido fincas y bienes imaginarios.

«El enlace del rico Halevy con esa soberbia y fragante rosa del Oeste, es, por lo tanto, la única salvación del tramposo Withe, cuya menzuada hacienda anhelan repartirse sus acreedores como hambrientos buitres el codiciado cadáver...

«Conocedora Esther de la angustiosa situación en que se encuentra el autor de su vida, como posee un corazón templado en un sublime amor filial, no ha vacilado en sacrificar su radiante juventud, sus ilusiones y su felicidad por salvarlo de la deshonra y de la pobreza...

«¡Pobre criatura! ¡Si se consumara esa monstruosa boda, me causaría el mismo efecto que el ver a un hada de incomparable hermosura penetrando en el antro de un ogro...

«Afortunadamente para ella, King el Negro siente por sus encantos un amor de condenado, la desea con todo su corazón, y, enterado de la inmensa desgracia que la amenaza, está dispuesto a acudir en su auxilio y salvarla.

No les parecían estas palabras del todo claras a sus cinco oyentes, porque no acertaban a sospechar ni remotamente que impidiendo aquel enlace tan desigual, la abnegada víctima quedara en salvo, y su padre libre de la desdicha que ella quería evitarle, con su sacrificio.

Miráronse, pues, unos a otros con expresiones perplejas e interrogatorias.

Adivinando el pensamiento que

se escondía bajo las frentes de sus secuaces, el Negro exclamó:

— ¡Veo que tenéis muy torpes la-entendederas, y que no adivináis el final que yo tengo preparado pa- ra el golpe que daréis mañana!

«Ese final es el siguiente: Den- tro de dos días asistiréis a mi boda con la hermosa Esther Witha!

«¿Qué os parece?

Un simultáneo alarido de entu- siasmo y de júbilo hizo coro a las últimas palabras del antiguo cómplice de Al Capone.

— ¡Magnífico! — alabó uno.

— ¡Soberbia aventura! — vociferó otro.

— ¡Viva nuestro jefe! — aclamó un tercero.

— ¡Por Júpiter! ¡Eres más astuto que el diablo, Negro! — comparó otro de los perillanes...

— Y además — añadió *Ojo de Halcón* —, el compadre de más talento que hay en el mundo y sus cuatrocientas provincias.

Halagado y gozoso por las alabanzas que le dirigía aquella reducida asamblea de rufianes, el Negro añadió:

— ¡Comprendéis ahora mi plan?

— ¡Perfectamente!

— ¡Mañana por la noche, el mis- mo pastor de almas que bendeciría el enlace del viejo Halevy con Es- ther, me casará a mí con ésta!

«Nada más tengo que deciros ya, amigos!... Mañana a primeras horas de la tarde nos encontrare- mos en el *Bosque de los Coyotes*. Cerca de este bosque existe el ca- mino que el achacoso novio ha de recorrer para llegar al rancho de su dama.

«¡Ah, ah! ¡Qué susto le vamos a dar, o mejor dicho, le daréis vos- otros, porque yo en este episodio de



El viejo Halevy se acercaba en su humilde carruaje...

nuestra azarosa existencia, voy a ser el personaje que mueve los hi- les sin que nadie lo vea ni lo sepa, y vosotros los notoré!

— Pero también — observó *Ojo de Halcón* sonriendo — sin que nadie nos vea, lo sepa y nos delate.

— Por supuesto. ¿Quién os ha de ver? Los caminos en esta comarca, bien lo sabéis, son solitarios...

— ¡Qué haremos de la víctima? — preguntó otro forajido.

— Quitarle cuanto dinero y alha- jas lleve consigo y conducirlo a lo más espeso del bosque. Cometida esta sencilla hazaña, tú, *Ojo de Hal- cón*, vendrás a mi encuentro con el botín, que repartiré entre vosotros equitativamente...

— ¡Y después?

— Después custodiaréis y vigila- réis al viejo hasta las diez de la noche... A esa hora lo dejaréis en libertad, pero sin más ropa que la interior, para impedir que se pre- sente en el rancho de la novia, en el cual yo esperaré vuestra llegada para llevar a cabo la boda...

«Como veis, el trabajo que os en- comiendo no es muy difícil.

—No lo es, a fe mía—corroboró *Oja de Balcón*.

Y, además, divertido y provechoso—opinó otro gallofo.

—Conque, no hay más que hablar. ¿De acuerdo?

—En absoluto. Mañana a las dos de la tarde nos hallarás en el *Rosque de los Coyotes*.

—¡Hasta la vista!—se despidió el Negro, y poniéndose en pie, salió de entre las ingentes rocas donde tenía lugar la entrevista, luego recorrió un sendero abrupto y escabroso que, en pronunciada pendiente, llevaba hasta el caudaloso Mississippi.

A la orilla y atracado a un recio árbol se balanceaba un balandro de motor.

El bandido soltó la amarra desde la veloz embarcación, la cual, empujada por la corriente, partió como una flecha.

II

No se había alejado río abajo un centenar de brazas el balandro, cuando cerca del sitio en que estuvo amarrado, apareció la esbelta y atlética figura de un hombre joven, deslizándose por una enorme roca.

Una vez en el agua, se dispuso a cruzar la corriente. En aquel paraje el río era algo estrecho, debido a que unas cuantas millas más arriba su caudal se bifurcaba en dos direcciones para reunirse al cabo de unas horas, algo parecidamente a lo que ocurre con nuestro Guadiana, que recorre varios kilómetros por debajo del suelo.

¡Miserable! —dijo el desconocido dirigiendo su puño crispado en la dirección en que desapareciera

el balandro—. ¡Mañana nos veremos! Yo también acudiré al *Rosque de los Coyotes*.

Pronunciadas estas palabras se arrojó en el agua, comenzando a nadar vigorosamente y unos minutos después ganaba la orilla opuesta...

Una vez allí internose en la espesura de una arboleda. El relincho de un caballo llegó a su oídos y el arrogante mozo murmuró sonriendo:

—¡Mi bravo *Jaguar* está impaciente!... ¡Eh! ¡Aquí!—gritó con voz estentórea.

A los pocos segundos apareció entre los árboles un corcel más negro que el vientre de una marta.

Como si pudiera entenderlo, su amo comenzó a golpearle el cuello y decirle:

—¿Tomías que me hubiese ocurrido algún percance, querido *Jaguar*? ¡No habría sido en verdad nada extraño, pues si me descubre aquella pandilla de granujas, sospechando que yo hubiera oído lo que hablaban, tal vez habrían querido asesinarme!

«Pero Joe Rooth no se deja eliminar de este mundo así como así... ¿no es verdad, amigo mío? ¡Tu dueño tiene buenos puños y cuando va provisto de un revólver, puede tumbar patas arriba a unos cuantos enemigos antes de que lo tumben a él!».

«¡Mil rayos! ¡Esther va a casarse mañana, a la fuerza, con un viejo... o engañada con un malhechor! Y yo... la quiero... yo la adoro como a una virgen de altar, yo besaría el suelo que pisan sus pies... y daría por ella, gota a gota, toda la sangre de mis venas... y soy un miserable, un salvaje, un *cow-boy*, casi una bestia...

«Esther nada sabe... porque antes me arrancaría yo la lengua con mis propias manos que dejaría descubrir el secreto que encierro aquí.

Y Joe Rooth se golpeó con fuerza el pecho, ancho y lleno, encima del corazón.

Luego permaneció inmóvil, abrazado a su caballo, con el guapo y curtido semblante ensombrecido.

Al cabo de unos instantes, meneó su hermosa cabeza, cuyos espesos y negros cabellos agitaba el viento, murmurando:

—Mis labios habrían sido los únicos que no habrían besado su rostro de ángel en la ceremonia nupcial (1), porque yo no puedo regresar del viaje que estoy haciendo antes de dos días.

«Pero este viaje se ha interrumpido! Ahora mismo voy a regresar al rancho... y le diré al padre de Esther que no quiero estar a su servicio ni un minuto más... que soy libre... libre como las aves que surcan el aire... que no tengo amo.

Pronunciado este monólogo, el rudo y apasionado *cow-boy* saltó a la silla y se puso en marcha.

III

Precisamente aquella tarde, aburrida de estar en el rancho, anhelando dar un largo paseo, salió hasta las pampas de alfalfa, y después de recorrerlas se detuvo debajo de un arboleda de mexquites, llena de color y de vida.

En aquel paraje delicioso y solitario, cercano a la vivienda, el te-

rrible recuerdo de la boda, que no la dejaba un momento, desde que aceptara el sacrificio, ni despierta ni en sueños, comenzó a atormentarla con más intensidad que de costumbre.

Pero junto a ese recuerdo, aquella vez, apareció en su espíritu la imagen de un hombre joven y fuerte, del mejor de los *cow-boys* que prestaban servicio en la finca, el más audaz y valeroso.

Ese *cow-boy* era Joe Rooth. Sentada al pie de un árbol, contra cuyo tronco apoyó la espalda, acariciada por la fresca y perfumada brisa, la triste novia rememoró entonces hechos triviales con los que iba unida la persona de aquel intrépido hijo del Oeste, y también la suya...

De pronto interrumpió sus meditaciones el lento paso de un caballo que se acercaba lentamente en la dirección en que estaba ella, y poniéndose en pie, oteando al través de los árboles, con un estorper inenarrable, vio avanzar llevando su corcel de la brida al mismo Rooth.

En el primer momento la hermosa Esther resistió a dar crédito a lo que veía.

¿Cómo era posible fuese Rooth aquel *cow-boy* si su padre unas horas antes lo había enviado de viaje y ella lo había visto partir galopando desde el porche del rancho?

¿Qué podía haberle hecho suponer aquel viaje sin llevar a cabo el encargo al cual el autor de sus días concedía tanta importancia.

Esther habíase acomodado en su fogoso corcel, el más hermoso y joven ejemplar de su raza del rancho, al que, por cierto, había do-

(1) Con estas palabras se alude a la costumbre, casi sagrada en el Oeste, de besar a la novia después de su boda, por cuantas personas la conocen, por humildes que sean.



La pobre novia padecía un tormento insupportable...

mado y coseñado el rudo hijo del desierto que se acercaba, y cuando

estuvo a pocos pasos de distancia, le preguntó:

—¿Por qué has vuelto tan pronto, Rooth?

Vibraba en el acento con que fueron pronunciadas estas palabras cierto enojo y altivez al mismo tiempo.

Rooth no respondió.

Sin mirar siquiera a su joven y hermosa dueña, el mensajero se abrazó al cuello del animal y, apoyando su rostro, dulcificado entonces y positivamente embellecido por una expresión de intensa pesadumbre, contra el del bruto, permanecía silencioso...

Por el curtido semblante del

UN NOVIO CON BUENOS PUÑOS

Interpretación
del famoso ca-
ballista.

BUDDY
ROOSEVELT

cav-hoy se deslizaron las Mordidas.

Esther, cuyo corazón había acelerado sus latidos, invadido por un profundo sentimiento de piedad, comprendió lo que significaba el extraño y mudo acto de Rooth.

Era un adiós a su caballo predilecto, la despedida al rancho en donde había prestado servicio tres años.

¡Cuán conmovedor y grandioso resultaba aquel hondo afecto entre el bruto y el hombre! Por su parte, el corcel, al sentir el contacto de su verdadero amo, lanzaba relinchos que nadie habría podido asegurar si eran alegres o tristes.



Apenas se podía firmar, porque el gazo hacía temblar su mano!

—¿Por qué no contestas, Rooth? ¿Que significa esto? — inquirió la



Herido y amonillado, apareció ante los ojos de Esther su adorador.



Rooth parecía muerto...

joven, embargada por un creciente y extraña emoción.

—¿No lo adivina, señorita? Significa que me marchó, que me despidió... para siempre.

Esther experimentó en pleno pecho una sensación de angustia y de congoja indefinibles. Un leve temblor agitó su cuerpo magnífico. Varias preguntas cruzaron su mente como centellas. ¿Por qué la afectaba ahora tanto la marcha de aquel hombre, siquiera fuese el más leal, el más valeroso, el más arrojado de cuantos ella había conocido, tratado, mandado?

—¿Por qué te marchas, Rooth?

—Mañana pertenecerá usted a un hombre que me es extraño... un hombre que será el dueño de este rancho, ¿no es cierto?

Al hacer esta pregunta en el rostro del *cow-boy* resplandecía una altivez, un enojo, casi la ferocidad que en varias ocasiones a ella misma habíala asustado, aunque esa asustadora expresión debírase siempre a un motivo con el cual estaba relacionada su propia persona.

Así, por ejemplo, en cierta ocasión, un hombre tuvo la osadía de dirigirla palabras que no podían oír sus castos oídos sin que asomase a su rostro el rubor y la indignación, y Rooth, que se hallaba presente, con una fuerza que parecía inverosímil en una criatura humana, vapuleó al procaz sujeto, obligándolo a arrodillarse a sus plantas y pedirle perdón.

Parcidamente a éste eran los diversos casos en que Rooth había mostrado su fiereza, su energía, su ferocidad de hombre primitivo.

Un sentimiento de turbación se apoderó de la joven, recordando estos hechos con absoluta precisión

y realidad, cual si los estuviese viendo en aquel mismo instante.

Sin embargo, replicó con altivez:

—¿Y eso a ti qué le importa?

Una amarga sonrisa crispó el rostro del *cow-boy*.

—¿Qué me importa? — exclamó con voz metálica, gesticulando a Esther una mirada ardiente y penetrante como una saeta—. ¡Me importa más de lo que puede usted imaginar! Me importa porque... porque... ¡mil rayos!, ahora que me marchó para siempre de aquí, bien puedo decirsele... bien puedo confesar que yo la amo a usted desde el primer día que vino a este rancho y la viéron mis ojos... que trabajar, verla, vivir para usted, defenderla y protegerla en caso de peligro era cuanto felicidad apetecía mi corazón...

«¡Jamás habría revelado este secreto si hubiese permanecido yo aquí...! Pero ahora lo confieso... porque al hombre que va a ser su esposo yo no podría obedecerle con lealtad... yo lo aborrecería con todas las fuerzas de mi ser!

«En cuanto a usted, yo sé que a ese hombre no lo puede amar su corazón!

Este reprocho, dicho sin malignidad ni sarcasmo, le produjo a Esther el efecto de un latigazo. Herida en su orgullo, y al mismo tiempo, profundamente dolida por la verdad que acababa de oír y en la cual no le era dable pensar sin causarse horror a sí misma, como buena hija del Oeste, en un arranque de cólera levantó el brazo cuyo mano empuñaba el látigo, con el que fustigó el rostro del *cow-boy*.

En la mejilla azotada apareció un lívido verdugón...

—¡Insolente! ¡Canalla! — dijo Esther con voz encolerizada.

Pero su furia se aplacó instantáneamente al ver la señal que había dejado el látigo.

— ¡Esto no es nada! — declaró Rooth con una sencillez exenta de jactancia—. ¡Una mujer tenía que ser la que me infligiera la injuria de azotarme como a un esclavo... como a un perro... la mujer que por besar yo su mano habría sido capaz de matar a un hombre!...

— ¡Apártate! — gritó Esther cada vez más turbada, más sufriendo, más compadecida.

— ¡Todavía no! — respondió el *cow-boy* al mismo tiempo que la asía por un brazo con una invencible fuerza, obligándola a caer de la silla al suelo, contra su atlético cuerpo, pecho contra pecho, rostro contra rostro.

Entonces los ojos de Esther repararon en el semblante de su adorador y un temblor sacudió su organismo.

¿Qué pretendía aquel fiero, indómito y rudo hijo del desierto?

¿Matarla tal vez?

Rooth la tenía enlazada tan estrechamente que Esther oía los fuertes latidos de su corazón.

De pronto sintió que los labios abrasados del *cow-boy* se posaban en los suyos en un beso prolongado y desesperado, en un terrible beso de pasión.

Sin fuerzas para libertarse de aquellos férreos brazos ni para evitar aquellas caricias, sin voz tampoco para protestar, Esther hubo de soportar aquellos besos de fuego en todo su rostro... en la frente, en las mejillas, en los oídos, en los cabellos, y también en las manos, besos ardientes como brisas, y cuando ya a punto de desmayarse, iba a perder la noción de la realidad, sintiéndose levantada en el aire,

puesta sobre el caballo y sostenida por una mano de hierro que la impedía perder el equilibrio y caer.

Durante unos instantes la bella Esther no se atrevió a abrir los ojos y a mirar al hombre en cuyo poder se encontraba.

— ¡Jamás olvidará usted estos besos... los besos de un misero *cow-boy*! — oyó que decía la voz sombría de Rooth.

— ¡Ahora quien ha cometido la afrenta le proporciona a usted la manera de vengarla!

Mientras percibía estas palabras, la mano derecha de Esther asió inconscientemente un objeto metálico, duro, frío.

— ¡Aquí tiene usted mi revólver! ¡Vengue su afrenta! ¡Máteme usted! ¡Como a un esclavo, como a un perro! ¡Con mi propia arma! ¡Pronto! ¡Demuestre que es usted una mujer del Oeste!

Entonces Esther miró lo que sostenía su mano y lanzando un grito de horror, dejó caer el arma al suelo...

Rooth volvió a cogerla y ofrecérsela de nuevo, diciendo:

— ¡Me hará usted más daño dejándome vivir! ¡Vénguese usted!

Pero esta vez la joven fustigó al caballo, que echó a correr y desapareció con su amazona en una alameda.

Rooth la vió alejarse y luego se alejó también de aquel solitario y bello paraje...

Pero estaba inexorablemente decidido a frustrar el atraco de que los satélites del Negro querían hacer víctima al futuro marido de Esther.

Cuando se hallaba a unas cuantas millas del rancho advirtió que

iba desarmado; en la excitación y desespero de que había sido presa durante la escena que hemos descrito, ni siquiera se acordó de recoger el arma que se le cayera de la mano viendo cómo huía la mujer idolatrada.

Sin embargo, no por eso desistió de su propósito.

El hombre que posee un corazón esforzado, no conoce el miedo nunca ni retrocede ante el peligro.

Por lo demás, Joe Roth poseía unos puños merced a los cuales le era fácil poner fuera de combate a unos cuantos adversarios en el relampaguear de unos instantes.

Al persistir en su temerario designio obedecía a un irrefrenable impulso de su corazón, fiero e indómito, pero también noble y generoso, o sea el anhelo de impedir que unos bribones hiciesen en el abismo de la miseria y la deshonra al hombre a quien durante tres años tuviera como jefe, es decir, al padre de Esther.

Por otra parte, si sucumbía en su empresa, no le importaría un bledo, tan profunda era su desesperación.

¿Acaso no había deseado la muerte unos momentos antes, y hecho todo lo posible para que lo alcanzase con su botada y descarnada mano?

IV

Dejemos transcurrir veinticuatro horas; dejemos que el sol, caminando hacia su ocaso, se escondiera aquella tarde entre rojizas nubes, como disponiéndose a acostarse en un lecho de fuego, y que las sombras de la noche echasen sobre

la tierra su denso velo; durante esas horas de silencio y tinieblas, en que los coyotes dejaban oír sus lamentos aullidos, nada digno de mención ocurrió en el rancho de Esther.

Cierto es que la bellísima doncella no pudo conciliar el sueño en la última noche de soltera, y que su corazón padeció angustias que no hubiera podido expresar con palabras.

Amaneció, por fin, un día espléndido y hermoso. A unas veinte millas del rancho Withe, en una pequeña población del Oeste, a un hombre ya en el umbral de la ancianidad habíalo sorprendido el alba despierto.

Aquel hombre, aquel casi anciano se llama Jonás Halevy, el feliz mortal que antes de que expire la medianoche será esposo de la hermosa Esther.

No piensa siquiera en que el corazón de su futura no siente ni podrá sentir hacia él amor, ese amor inmenso, fiel y abnegado que ha de existir en el corazón de toda mujer que se deja conducir al altar de Dios del brazo de un hombre.

La vanidad, esa vanidad pueril, grolesca y jactanciosa de que tan prodigamente está dotado el llamado rey de la creación, le pone una venda en los ojos, impidiéndole ver la injuria que los años han causado en su persona.

Por el contrario, esa necia vanidad le hace creerse con suficientes atractivos para cautivar el corazón femenino más descontentadizo. No ve, por lo tanto, los surcos que arañan su rostro, la nieve de sus cabellos, la decrepitud de su cuerpo...

Todo lo ha arreglado y dispuesto para la boda, de acuerdo con las

instrucciones, y condiciones que el padre de Esther, menos viejo que él, le ha exigido para concederle, como esposa, su codiciada hija.

En una preciosa cajita con tapaca de plata guarda las resplandientes joyas destinadas a realzar la belleza de la maravillosa Esther, sin exceptuar el anillo de boda.

Encerrados en un enorme sobre lacrado conserva varios documentos que consignan el pago de las deudas más graves del progenitor de Esther.

Y una abultada cartera atiborrada de billetes de Banco, evidencia la solidez y lo próspero de su fortuna.

El amefonado vejete, atormentado por la impaciencia, llama a uno de sus criados, ordenándole que enganche a su cabriolé los dos corceles más hermosos y veloces de sus caballerizas.



—¿Cree usted, Esther, culpable a este hombre?

Al caer de aquella tarde, llena la mente de los pensamientos más halagadores, Halevy se acercaba en su bonito carruaje al rancho de su prometida, cuando de pronto los caballos detuvieron la marcha, espantados.

De la linde del bosque cercano, el viajero vió salir inmediatamente cuatro hombres con los anchos sombreros mejor nos hundidos hasta los ojos.

Des de ellos se apresuraron a retener los animales, mientras la otra pareja de saltadores, encarándose con el asustado Halevy le ordenaban:

—¡Echa pie a tierra y disponte a seguirnos!

—Pero, ¿pero... qué significa esto?—balbuceó el desgraciado, cre-

yendo llegada la última hora de su vida.

—¡Pronto lo sabrás! ¡Obedece!—replicó uno de los malandrines.

«Pero no tembles de ese modo, porque sólo vas a perder la bolsa y la novia, conservando tu horrible y viejo pellejo.

Mirando a aquellos malsines con los ojos dilatados por el horror, Halevy bajó a tierra.

—¿No queréis asesinarme?—balbucearon sus temblorosos labios.

—¡No, no! ¡Te juro por las barbas de Belcebú—declaró uno de los forajidos, correado por las sonoras carcajadas de sus compañeros—que no te haremos daño alguno!

«Sólo queremos tu dinero...

—¡Aquí lo tenéis!—dijo el pobre hombre entregando la cartera

a uno de sus enemigos—. ¡Dejadme marchar ahora!

—¡Es demasiado pronto! — respondió *Ojo de Halcón*—. Antes de recobrar la libertad habrás de permanecer varias horas en nuestra grata compañía...

«¿Pero qué contiene este envoltorio?»

Halevy guardó silencio.

—¡Inútil pregunta a fe mía — añadió el bandido—, porque ahora mismo voy a verlo por mis propios ojos!

Y se dispuso a saciar su ávida y codiciosa curiosidad.

Un instante después sus fulgurantes pupilas admiraban las espléndidas joyas que formaban el regalo de boda, y examinaban los documentos que, una vez en poder del padre de Esther, a buen seguro que le arrancarian un profundo suspiro de alivio.

El bribón ordenó a dos de sus secuaces:

—¡Conducid a este espantajo al sitio que ya sabéis! Dentro de media hora éste y yo, después que haga el reparto de este botín el capitán, nos reuniremos con vosotros.

Obedecieron aquéllos, desapareciendo con el prisionero en la espesura del bosque.

El hombre propone y Dios dispone, afirma un refrán, y pocas veces vióse confirmada esa verdad de una manera tan rápida y completa como en el episodio que estamos relatando.

Porque no hacía cinco minutos que *Ojo de Halcón* y su digno compañero hubiesen quedado solos, absortos en el recuento de los billetes que encerraba la cartera cuando el primero de ellos sintióse un golpe que le pareció un mazazo que le había asestado el mismo diablo.

Tambaleóse y antes de tener tiempo de ver quién era su enemigo y aprestarse a la defensa, un nuevo puñetazo a la mandíbula lo derribó al suelo como una pelota.

Joe Rooth era el formidable enemigo con quien se las tenía que haber el otro perillán que todavía no había sido asustado por sus potentes puños.

Lanzando una blasfemia el mal-sin llevóse la mano al revólver; pero Joe Rooth le asestó un puñetazo en el estómago, obligándole a gemir y retorcerse como un gusano, y en miente tiempo del que acabamos de decirlo, se hallaba tendido al lado de su compañero de infames aventuras.

Entonces el héroe de este relato quitóle a *Ojo de Halcón* el dinero robado y el envoltorio con las joyas y los papeles, además del revólver, y subiendo de un salto al caballo, desapareció del sitio en que acababa de llevar a cabo tan temeraria proeza.

Separábanlo del rancho de Esther una veintena de millas y no le sería posible llegar antes de que cerrase la noche.

El primero en recobrar el conocimiento fué *Ojo de Halcón*. Incorporóse penosamente, con una vaga noción de lo ocurrido, que aumentó hasta ser completa y exacta, cuando vió exánime sobre el suelo a su compañero.

Una espantosa blasfemia se escapó de sus labios.

—¡Maldición! ¿Qué dirá el capitán? ¡Eh, compadre! —gritó a su compañero sacudiéndolo con rudeza.

Aquel abrió los ojos, fijando una

mirada de vago terror a *Ojo de Halcón*.

Lo ayudó éste a ponerse en pie y balbuceó:

—¿Dónde está aquel hombre?

Encogióse de hombros el logarriero del *Negro*, barbotando:

—¡El infierno lo sabe! ¡Pero sin duda se trata de un colega... ¿comprendes? ¡De un colega que posee unos puños capaces de acoger a un *bisonte*!

Este diálogo fué interrumpido por la presencia del propio *Negro* y otro de los forajidos de la pandilla.

Al ver las señales de los mamporros en el rostro de *Ojo de Halcón*, exclamó alarmado:

—¿Qué os ha ocurrido?

En pocas palabras, las escusas que requería la inesperada y terrible agresión de que los dos bandidos habían sido víctimas, lo enteró *Ojo de Halcón* de los hechos.

—¡Mi raynal!—bramó el *Negro*.

—¿Es posible que os hayáis dejado machacar los huesos por un solo hombre?

—Capitán, hay hombres que valen por seis, y nuestro desconocido agresor es uno de esos, indudablemente... Nos pilló descuidados, cayó sobre nosotros sin verlo ni oírlo... pues de lo contrario, ya estaría en los infiernos...

El *Negro* no hizo ya ninguna observación despreciativa. Conocía a los hombres que secundaban sus

infamias, y sabía que todos eran a cual más feroces y desalmados.

En las palabras de *Ojo de Halcón* no había, pues, un ápice de exageración ni de jactancia.

—¡En los infiernos puede ya contarse el temerario que se ha cruzado en mi camino, porque no he de tardar yo ni veinticuatro horas en matarlo!

—¿Y ahora qué hacemos?—preguntó *Ojo de Halcón*.

—¡Mi plan seguirá adelante! ¡Custodiad al viejo en este bosque y a las diez poneos en marcha hacia el rancho Withe! ¡Os digo que esta noche será mi espol: la maravillosa Esther!

El destino había dispuesto las cosas de un modo bien distinto a los deseos y previsiones del execrable bandido.

Aquella noche no fué la de su boda, sino la de su captura.

Y aquélla fué la noche de bodas de Joe Rooth y de Esther Withe, después de una serie de lances y peripecias en los que el formidable y apasionado *coco-boy* perdió primero la libertad, y luego de recobrada ésta, corrió peligro su vida; pero reconocida su inocencia, el mismo Halevy lo designó, llegando al rancho, como el único hombre que tenía derecho al amor del *Roda de la Pampa*.

P I N

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

VELOZ COMO EL RAYO

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LOS FILMS DEL FAR-WEST

ES LA PUBLICACION MAS INTERESANTE Y
ECONOMICA QUE AHORA PUEDE ADQUIRIRSE

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. — Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla.

15 cts. el cuaderno con novela completa

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

1. EL HURACAN DE TEXAS
2. CONTRA VIENTO Y MAREA
3. EL VALLE DEL MISTERIO
4. EL REY DE LOS JINETES
5. LOS PUNOS DE TOM TYLER
6. LOS LOBOS DEL FAR-WEST
7. LA LEY DEL TORTAZO
8. EL CULPABLE
9. DE SEÑORITO A VAQUERO
10. EL «GAVILAN DE LA PRADERA»
11. LADRONES DE GANADO
12. EL VALIENTE
13. EL «PIRATA DEL DESIERTO»
14. EL CRIMEN IGNORADO
15. LA LEY DEL REVOLVER
16. EL «GUAPO DEL RANCHO K.»
17. LOS FALSIFICADORES.

De venta en todos los quioscos y puestos de periódicos. Coleccionar esta es la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

* Calle de Londres, 188 - BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI - Rocafort, 225 - Barcelona